

Aprovechamiento, Urbanidad y Conducta que había recibido en el colegio; lo único que trajo con ella cuando se salió de su casa.

No gracias, no tomo café. En cuanto me enteré de su detención, me lancé a 5 de Mayo a las oficinas de la Judicial; como suelo ir a arreglar algún aparato no desperté interés. Pude verla cuando la trasladaban a una vagoneta, caminaba cojeando, la mirada ausente, paralizada por el terror de la paliza de recepción. Se la llevaron a Saltillo.

Me atreví a llamarte. Me sobrepuse a ese sentimiento de indecisa y derrotada fatiga que he arrastrado todos estos años; aunque te suene impúdico, por todas tus conversaciones, del 69 al 72, sostenidas con Marcia, sé que eres la única persona con quien podría hablar; aunque esté condenado a tu desprecio.

Llegó la hora de ejecutar mi número y venía a pedirte que se movilicen, que impidan que le hagan más daño, que la vayan a desaparecer. Camino aquí, escuché en la radio la noticia del secuestro del avión; con los hijos del gobernador en ese vuelo, la vida de Marcia está garantizada. Por lo tanto, Natalia, te agradezco me hayas recibido, les sugiero que adopten un mayor rigor en las medidas de seguridad y por supuesto, que recuerdes: esta entrevista nunca tuvo lugar.

Nosotros, los de entonces

Llegar al departamento sobre el cantón, servirte un escocés, al retirarte por los hijos; instalarte en el sillón, cerrar los ojos, prender la televisión, servirte la segunda, apagar la televisión. Cortar las cortinas; arrebata arriba, para armonizar con tu nostalgia, la gris cercanía de las nubes te acaba de lajar de abatimiento. Te impugna, como siempre, no haberte salido en el pasado, para verlo todo desde lejos, para no encontrarla de improviso.

El teléfono te recuerda que hay un grupo de alumnos esperándote para presentar el parcial que tienen esta tarde; tras marcar dos veces el disco, lo dejas descolgado: ni fuerzas para inventar pretextos. Con la botella a la mitad y un Moustaki sensualoso retomas la galería de la memoria.

La licencia matrimonial, que presentó a los judiciales que los detuvieron aquella noche en que deambulaban por las calles desiertas del barrio de la Catedral, te observa, con los pliegues amarillentos, desde el marco del cuadro de Chagall donde la puso cuando la trajiste aquí por primera vez; en su línea de conducta misteriosa, omitió decirte cómo la había conseguido.

Esa tarde, como tantas otras, habían faltado los maestros de la dos primeras horas y su grupo decidió abandonar la Facultad. Un telefonema los acercó, para encontrarse en el Obispado, ahí, tras hablar de los amigos comunes, los maestros charlatanes, la política estudiantil y el rector industrial; abordaron los temas personales, le hablaste de la vida en los internados, en las casas de asistencia, de lo difícil que te resultaba entablar contacto con la gente.

Nunca supiste cómo se te fue metiendo por los ojos, ni tuviste tiempo de elegirla. Apareció, de pronto, en mil lugares y su figura se fue haciendo familiar hasta tornarse inconfundible: en la penumbra dominical de un cineclub en el Aula Magna; en el Palacio, muy atentita en alguna conferencia de la Escuela de Verano; una noche cualquiera en la librería Cosmos; en la plaza del Colegio Civil, durante el desarrollo de un mitin; con un dedo sosteniéndose los lentes, que siempre traía a media nariz, mientras to-

maba apuntes de un libro, en la mesa del fondo, junto al mural, en la biblioteca Alfonso Reyes; en las elecciones de la Facultad; en los eventos del Mexicano-Cubano; tirada en el prado de la rectoría, esperando resoluciones del Consejo.

Por ese tiempo, ya estabas hasta el gorro del Tecnológico, cada vez te identificabas más con los tamaulipecos de la Uni. A pesar del cariño por los compas, su desmadroso excesivo te llevó a arrendar esta buhardilla que descubriste abandonada una mañana en el tejado de este condominio, andando de vago oficioso, cuando se llevaron las instalaciones del Canal 12. Los giros en la Sucursal "J" de Correos te dieron margen a tenerlo cuando el trato con la raza de la casa de asistencia se volvía, cada vez, más conflictivo; salvaste algunas amistades, aunque jamás negociaste en las peticiones de asilo transitorio de algún paisano sin recursos, con amiga al lado. Aún recuerdas la cara de colección que puso tu padre cuando le entregaste el flamante título profesional, de la UANL.

Anochece, a lo lejos las luces rojas de un avión te hacen guiños simultáneos. En la atmósfera opacada de la lámpara te retraes y a pesar del cansancio que amenaza con vencerte, te niegas al abandono, necesitas recrearla intensamente y recorres el archivo del afecto desde el mismo sillón donde solías cuidarla, en el descanso: su frágil respiración acompañada tras el instante en que nacías perdido en su tibieza, sobrecogido por el aura de su piel, derramado en cada movimiento, en cada susurro, en la suave opresión de los sentidos, atesorando su aroma natural, acurrucado en la confianza de sus brazos; la retratas en sus ojos divertidos ante todo ese despliegue de vehemencia: la recorres, la descubres, la consignas en las yemas de tus

dedos y resbalas hacia el límite del mundo porque no está contigo, y los demonios se pasean impunemente sin saber exorcizarlos.

El timbre de la puerta suena insistentemente, lo escuchas inmóvil, en este momento, determinas que no hay nadie con quien te interese hablar de nada. Deben ser algo más de las nueve de la noche; el whisky se agotó y habrá que continuar con un democrático tintito. La Camerata te actualiza el concierto de jazz en el auditorio de Filosofía, cuando se presentó la coyuntura al desocuparse, milagrosamente, un asiento junto a ella; de tres zancadas, pálido y congestionado, la tenías cerca de ti. Haciendo uso de sus recursos, la habías visto actuar en algunas obras de teatro universitario, te miró sin verte y siguió prendida con la música para, en un breve paréntesis, rayonear en la Ley Federal del Trabajo aquel mensaje solemne, como ella misma cuando asumía graves decisiones; darte el libro y retirarse.

No resistes el impulso y te diriges al librero: Compañero, aquí estoy, en un momento en que la tensión decae, se relaja una cierta frialdad y se abre paso una voluntad de comunicación hacia gentes, con quienes en el fondo se mantiene viva una débil sospecha de posible afinidad; ¿podríamos hablar dentro de una hora en la Miniatura?

Marcia, consejera alumna de su escuela, militante de un grupo revolucionario; acostumbrada a dominarse a sí misma, a vigilar su actuación, a medir cada una de sus palabras, habituada a pensar que fuera de su trabajo político nada podía ser importante, esa noche, entabló contigo otro discurso. Por un instante, la semioscuridad del ambiente te forja el espejismo de

un tiempo suspendido; en dos segundos abrirá la puerta porque olvidó la bufanda en el perchero y optará por olvidarse ella misma en esta noche que tanto la precisas.

Aceptaste las reglas formuladas: relación de orden clandestino; tú no eras militante, y los de su grupo jamás entenderían que si no estabas con ellos, tampoco estabas contra ellos, así eran de dogmáticos y sectarios. Para ti, ella era lo presentado. Vivía sola y estaba sola; a pesar de las horas invertidas en las tareas políticas, rodeada de compañeros, su soledad era auténtica, le había costado.

Lo supiste aquella tarde de viernes previo a vacaciones de Semana Santa, con el nerviosismo de la proximidad de tu salida a Reynosa: visita ritual de saludo a los papás por aniversario de bodas. Conmovida, alteró la versión oficial del odio a sus padres, que tantas veces le habías escuchado, la historia del constante hostigamiento a que la tenían sometida orillándola a salirse de su casa; ya no fueron los seres sombríos enfrascados en mezquinas estrecheces, los sujetos desclasados, atrapados por su pequeño destino, ni las instituciones bancarias que veían en sus hijos fuentes de futuros ingresos; ya no fueron los responsables de su inseguridad permanente, ni el reflejo fiel de las relaciones capitalistas: de la clase dominante, a la cual representaban casi caricaturescamente, con su enfática inclemencia hacia los oprimidos: sus hermanos, con la sumisión acostumbrada, encerrados en sus cuatro paredes de bestias impotentes.

Esa tarde, pasando tus dedos entre su pelo; el sentimiento de orfandad y de constante despedida que aparecía, sin ser invitado, en cada entrevista se agudi-

zó por tu partida y cobró los matices de lo táctil mientras invocabas el clima del Polo Norte haciendo esfuerzos por detenerte para que ella alcanzara su culminación. Supiste, como otras veces, que no iba a terminar; los espasmos eran para reprimir la salida de otras emociones, porque se le venía encima la nostalgia de la vida con sus padres y creía quererlos, a pesar de su autoritarismo, no eran responsables —qué culpa tenían ellos de que este país, en su momento, no les pudiera dar la alternativa de una educación universitaria. Para terminar jurando que al día siguiente le iba a llamar a su madre para decirle todo eso. El lunes, al regresar de la casa de tus padres, te comentaría la negativa de su mamá, vía la hermana, a hablar con ella.

Al pararte a tirar las colillas del cenicero en el bote de basura que está junto al escritorio, te saluda su mirada desde la única foto que conservas. La tomaste subrepticamente de uno de los muros de su escuela durante una campaña política, un año antes del encuentro. Marcia, aparece muy formal, desde la cartulina de propaganda de la planilla Rojinegra; el pelo suelto, sin embargo, le imprime un cierto aire janefondesco, el brillo de los ojos perfila una gran felicidad en el momento que le tomaron la fotografía. Habrás de perdonar la originalidad de los compas, te comentaría después, por los colores que escogieron.

Si bien para Marcia la revolución era su forma de vida, una obligación irrenunciable; con todas las limitaciones forjaron un mundo a su medida, lejos del trato camaraderil, de la grilla carnicera e implacable: vivieron lo suyo, en esta ciudad paradójica y extraña, donde cambiar de círculo implica viajar en una máquina del tiempo al encuentro de etapas acabadas. Defendieron lo suyo: esa pequeña alianza personal

que habría de compensarlos de la realidad desventajosa que día a día se veían precisados a enfrentar; hasta llegaron a acceder entusiasmados a un proyecto de vida en común, confirmaban tantas identidades que plantearse la complicidad permanente resultaba natural.

Por aquellos días no había mayor felicidad que caminar por las calles viejas y sinuosas del centro de la ciudad, tomados de la mano, imitando a las parejas que se besaban bajo la protección de la noche; descubriendo que Marcia, aparte de Gorki y Makarenko, conocía también a Dos Passos y a la Woolf; hablando de los anhelados viajes a París, a Moscú, a Londres, a Pekín, que habrían de ser antes de cumplir los treinta; sintiéndose, a tono con las canciones que sabían de memoria, profundamente orgullosos de haber nacido latinoamericanos.

Los fines de semana, en el campo, donde después de largas caminatas, en que Marcia ponía a prueba su resistencia física, escogían algún paraje singular junto al río Ramos; mientras ella hacía yoga, tú descansabas en silencio, observándola; por lo demás, se conocían ya y no se torturaban con conversaciones inútiles. Llegaron a dominar un mecanismo de identificación tal, que bastaba con una mirada significativa para desaprobador al mundo o darle el visto bueno.

La brisa que entra por la ventana te hace el efecto de un leve *carwash* que vulnera la erosión estacionada. Quién te iba a decir a ti, que encogías los hombros, no totalmente resignado, ante su resuelta entrega a la actividad política; que manejabas la línea del escepticismo ante su independencia de criterio y la ristra de lindezas que, en cierto grado, le permitía su trabajo de

traductora; que tú, el amo de las reservas, terminarías por completo en el contagio; desde la fobia irresistible a los horarios que ciertamente como ella objetaba impiden comer cuando se tiene hambre y dormir cuando se siente necesidad; hasta las noches en vela, por temor a no levantarte a las cuatro, para estar en la puerta de Fundidora a la hora del cambio de turno vendiendo el *Así es*.

Una corriente de aire mueve las cortinas y a pesar de que la lluvia empieza a mojar la alfombra, no te mueves del sillón para evitarlo; el Calafia a punto de liquidarse. Fue Gil quien lo dejó aquí la otra noche, porque hasta eso no has podido superarlo, sigues frecuentando a la misma gente que la conoció; manejando los rollos que ella misma aprobaría. Porque no toleras a tu generación domesticada y en la cuesta sin fin de las reuniones, te propones edificar el nuevo país, construir el partido, cambiar la vida. Y te cuesta trabajo admitir que no esté aquí, en el Martin's: grillando, planeando la toma del poder para el 2000; o en el consumo bestial, usando tus tarjetas de crédito; o en el cineclub de la UR, curándosela con el desjuicie total de Juan Orol.

Aunque nunca te habló de las fases por que atravesaba su grupo político tú lo adivinabas en el amor; en la creciente melancolía de sus ojos, en la desesperación de sus manos que clamando silenciosas te asían a su vida, anunciando la separación.

Adicta a su conciencia, intuías la magnitud del caos en que esa frágil unión que se inventaron era un elemento ordenador. La mañana final, el adiós te fue dicho en un *te quiero siempre* al oído, de los que Marcia, enemiga del lugar común, solía reservar. Con

la sangre helada y la impotencia la sentiste humedecer tu pijama a la altura del corazón, donde mantenías acurrucada su cabeza.

Amanece. Ha menguado la tormenta y se respira un aire limpio, enciendes el último cigarro de la cajetilla. Libraste una vez más la jornada del insomnio. Has escuchado tantas versiones de su desaparición, que no sufres imaginar su cuerpo ennoblecido en otras condiciones que no sean las que viviste en esta habitación, donde todo la reclama.

En el libro, con el sello de la Biblioteca de Economía, que permanece en el buró, donde ella lo dejó, buscas la tarjeta postal con el cuadro de *La boda*, de Climent, que recibiste un año después de su partida, fechada unos días antes de su captura por agentes de la Federal de Seguridad en el DF.

La tinta de la estilográfica está corrida en algunas palabras: *En el vuelo de los años boomerangs siempre vuelves, una y otra vez. Nosotros, los de entonces... Lamento que aún no sea de día y ser tan torpe para andar sobre la tierra.*

MARCIA

INDICE

7	202
27	Estadística
39	Juegos clásicos
43	Al aire libre
63	Gente importante
71	La certificación
80	Hasta el viento
92	El precio a pagar
102	Por el aire
112	Número equivocado
127	Nuestros, los de entonces

Dibujo en la portada Saskia Juárez

Nosotros, los de entonces

de

Cris Villarreal Navarro

Se terminó de imprimir el diez de diciembre de mil novecientos ochenta y tres, en el taller de Impresora Gralex, siendo el tiro de tres mil ejemplares en papel cultural de 50 kilos. Se usaron tipos Bodoni de 11 puntos. La tipografía estuvo a cargo de Pedro Muñoz Cázares, en los talleres de la editorial *El Porvenir*. S. A.



Cris Villarreal Navarro (Anáhuac, N. L. Oct. 10, 1949). Licenciada en Ciencias Jurídicas y maestra en Lengua y Literatura Españolas, es catedrática universitaria desde hace casi quince años en la Facultad de Ciencias Políticas, y a nivel de preparatorias, en la UANL. Primer lugar en el certamen de cuento, estatal 1980 del CREA. Perteneció al taller literario *Artefacto*. Ha publicado en el desaparecido periódico *Universidad*; en el suplemento cultural *El volantín* de *El Diario de Monterrey*, y es colaboradora fundadora del *Aquí vamos* de *El Porvenir*.

Martínez

PQ
.3
.I
N6
C.

Diseño de la portada por